

Salchichas con Ketchup

Ricardo Zamorano



Image not found.

Capítulo 1

Toc... Toc... Toc...

Ese era el ruido que producía el chuchillo al impactar contra la madera de la tabla de cortar. La brillante hoja violada por el líquido que soltaba la salchicha, se inclinaba hacia delante, y luego, con un preciso y elegante movimiento, bajaba su trasero y Toc.

La mujer que lo manejaba tenía cuarenta y cinco años. Su cabello, teñido de ese buscado granate por las mujeres de su edad, dejaba ver mechones blancos —pronto tendría que volvérselo a teñir—. Su cara apenas presentaba arruga alguna; era linda. Sus ojos brillaban, mostrando una ferviente pasión, casi peligrosa... bueno, no casi; estos, transparentes, desvelaban el fuego de este sentimiento que ardía por dentro. Sus labios acompañaban a esos ojos con una delicada curva triunfal. Sus manos de dedos pequeños y —a diferencia del rostro— ligeramente arrugados, dominaban el cuchillo como solo una mujer que lleva toda la vida cocinando sabe hacerlo.

El delantal rojo regalado en el bar-restaurant llamado como su dueña: CARRIE, cubría su torso y sobre su pecho se posaba silenciosamente el colgante con la cruz y Jesucristo. La parte inferior del cuerpo lo cubría la encimera de la cocina, pero el muchacho de doce años no necesitaba saber cómo era; lo sabía bien, claro, era su madre.

Toc... Toc... Toc...

El ruidillo se introducía por sus oídos y resonaba en su cabeza como si estuviera dentro de una campana. Le parecía un tanto irreal, como en un sueño, pero estaba despierto, o al menos eso creía, porque podía oler y en los sueños el sentido del olfato no existe... ¿o sí? En cualquier caso, olía y oía... y también veía, entre gasas blancas, nublados grises y telones negros, pero veía. En cuanto a sentir..., bueno, no sentía nada, ni siquiera era capaz de identificar dónde se encontraba sentado o tumbado, porque aparte de un sentido del tacto completamente nulo, no lograba mover un músculo.

Oía el «Toc, toc, toc», olía aquel dulce y grotesco olor, y veía el cuchillo subir y bajar con reverencia burlona... («¿Burlona por qué?»)..., veía la salchicha, y veía a su madre.

Su madre. Una mujer singular. Como muchas personas, su madre era religiosa, católica, pero ni el Santo Padre se acercaba a la pasión de su madre. A él no le importaba esto, de hecho, él también era católico, e iba a misa todos los domingos, había hecho la comunión y le habían bautizado como buen cristiano, pero también tenía un lado razonable que su madre

no poseía, y no pensaba dedicarse a eso, a la religión, a servir al señor como pretendía su madre. ¡Él no quería ser curar, por favor!

Hasta hacía unos meses, quizá un año, su madre le tenía prácticamente decidido, pero entonces cumplió los doce años o llegó al final de los once, y su percepción del mundo cambió. Sobre todo su visión, sus sentimientos hacia las chicas, y comprendió lo que los sirvientes de Dios tenían prohibido, así que decidió que ya no quería seguir con lo que su madre tenía planeado para él. Y por supuesto, se lo dijo; ¿qué otra cosa iba a hacer? Era su madre. ¿A quién si no se lo iba a decir? Tenía que saberlo, claro.

Ella se puso como una fiera. Le gritó, sí, le gritó como nunca lo había hecho, llenándole la cara de babas, incluso le..., le dolía reconocerlo, incluso le dio un bofetón, el primero en doce años de edad. Le dijo cosas sobre la religión, sobre Dios, sobre castigos, sobre esa palabra que se negaba a mencionar, que estaba vetada en su casa, y que en esta ocasión por fin pronunció, para luego golpearse con fuertes puñetazos en la boca que asustaron al muchacho y le llevaron a recibir otro bofetón al tratar de consolarla, su segundo en doce años de edad. El chico estaba asustado, y más aún cuando vio la boca de su madre ensangrentada; su cara ya no solo se llenaba de babas de su madre mientras le gritaba, sino también de sangre.

Él no sabía qué hacer, estaba aterrorizado y dolorido, aunque el dolor era solo una débil sensación, pues el frío del terror lo abarcaba todo y le tenía paralizado. Ni siquiera era consciente de lo que la mujer chillaba. Sus oídos pitaban básicamente.

Entonces empezó a escuchar, por encima de este pitido, pasos alejarse, el viento golpeando contra la ventana, su propia respiración agitada, incluso los latidos de su corazón a punto de explotar. Comprendió que su madre se había callado. E intentó calmarse.

Fue al oír de nuevo los pasos, cuando decidió levantar la vista de los azulejos blancos del suelo y moteados de sangre, y cuando sintió el golpe. Su cabeza se convirtió, justo antes de caer en la oscuridad, en un Gong.

Luego recordaba haberse despertado entre esa gama de grises y el ruidillo producido por el cuchillo al contactar contra la superficie de madera de la tabla de cortar, tras deslizarse por esa extraña y diminuta salchicha que violaba la brillante hoja de un líquido rojo. ¿Sería Ketchup? A él le encantaba el Ketchup.

«¿Me estará preparando salchichas con Ketchup como disculpa?», se preguntó antes de dormirse otra vez.